

**ANTOLOGÍA  
DE LAS  
MEJORES  
NOVELAS  
POLICÍACAS**

**TOMO V**

«Antología de las mejores novelas policíacas» en XVIII volúmenes, publicada entre los años 1958 y 1973 por la editorial ACERVO.

## Índice de contenido

- La fuga (Jacques Futrelle)
- Los 700 000 rábanos (Pierre Véry)
- Maquinación en la carretera (John y Ward Hawkins)
- Los mellizos (Edogawa Rampo)
- Y los pájaros aún cantan. (Craig Rice)
- Su corazón podía romperse (Craig Rice)
- Juego con la muerte (Michael Hallyday)
- El engranaje (Cornell Woolrich)
- Bola de nieve en julio (Ellery Queen)
- El ladrón de Wrightsville (Ellery Queen)
- El dedo medicinal (Ellery Queen)
- Buenas noches, Miss Clark (André Picot)
- El asesino concienzudo (André Picot)
- Un cabello de su cabeza (John Creasey)
- Un trabajo limpio y cuidadoso (George Harmon Coxe)
- El atraco (John Steinbeck)
- Descubierto por el menú (H. C. Bailey)
- El enemigo (Charlotte Armstrong)
- ¿Qué habría hecho usted? (Charlotte Armstrong)

Los diez indicios de Mr. Polkinghorn (Charlotte Armstrong)

Notas

## LA FUGA

Jacques Futrelle

—LOS criminales de envergadura permanecen desconocidos por la simple razón de que los grandes crímenes —los suyos— jamás se descubren —hizo notar el profesor Augustus S. F. X. Van Dusen, en tono categórico—. Hace falta genio para perpetrar un crimen, así como para ocultarlo, a menos que se trate del trabajo chapucero de un don nadie. En este último caso, se citan ejemplos en que la policía ha conseguido descubrir la verdad. Pero el experto en crímenes, el hombre genial, el profesional, podría decir, sólo considera perfecto el crimen que ni siquiera aparece como tal y, por consiguiente, no puede dejar rastros; un crimen por el que ni él ni nadie será sospechoso, jamás, cualesquiera que sean las circunstancias.

Detrás del humo de su cigarro, el financiero J. Morgan Grayson contempló al pequeño y enjuto sabio —«La Máquina Pensante»— con aire soñador.

—Es un hecho psicológico extraño, que el criminal de ocasión se enorgullece de su acto antes de cometerlo y durante los diez minutos siguientes al acto —continuó la Máquina Pensante—. Y así el hombre que ha matado por Venganza tiende a que el mundo entero sepa que él es el autor del crimen; pero al cabo de diez minutos aparece el miedo y, cosa paradójica, procura esconder su crimen y ponerse al abrigo de todo castigo. Con el miedo llega el pánico y entonces es cuando se extravía y comete estupideces que un

espíritu experto va siguiendo, desde el motivo del crimen hasta el descubrimiento del culpable y su encarcelamiento. Ésas son las personas que se dejan coger. Pero, por otra parte, hay hombres de genio, Mr. Grayson, que hacen del crimen una profesión. Jamás oímos hablar de ellos, porque nunca se les descubre, y ni siquiera sospechamos de ellos porque nunca cometen un error. Imagínese durante un instante a los poderosos cerebros de la Historia, dedicados al crimen. Pues bien, hoy día existen cerebros tan poderosos como los que pasaron a la Historia; hay asesinatos, robos y hurtos insospechados por nosotros y, sin embargo, al alcance de nuestra vida. Hablemos de mí, por ejemplo; si yo fuera un criminal...

Hizo una pausa.

Grayson, con una extraña expresión en la mirada, dio una larga chupada a su cigarro.

—Podría matarle a usted, ahora, aquí, en esta habitación —continuó tranquilamente la Máquina Pensante—, y nadie lo sabría jamás, ni siquiera lo sospecharía. ¿Por qué? Porque no cometería el menor error.

No parecía una fanfarronada de su parte; sino una simple afirmación. Grayson pareció un poco aturdido. Aunque hasta el momento no había demostrado más que un interés muy relativo, ahora parecía fascinado.

—¿Cómo me mataría usted, por ejemplo? —preguntó con curiosidad.

—Escogiendo uno entre veinte venenos diferentes, con microbios virulentos, o incluso con un cuchillo o un revólver —respondió, plácidamente, el sabio—. Yo sé cómo hay que administrar las sustancias venenosas; sé cómo inocular enfermedades microbianas; sé cómo dar apariencia de suicidio a un crimen cometido con un cuchillo o un revólver. Y no cometo jamás un error, Mr. Grayson. En materia de experimentación científica, es necesario ser exacto, no aproximadamente, sino rigurosamente. *Tenemos* que saber. No podemos conformarnos, como hacen los aficionados. Un

carpintero puede cometer un pequeño error en el ensamblado sin debilitar por eso la estructura de una casa; pero si un sabio comete un solo error, toda la arquitectura se viene abajo. Tenemos que saber. El conocimiento es sinónimo del progreso. Y adquirimos los conocimientos gracias a la observación y a la lógica, la ineluctable lógica. Y la lógica nos dice que dos y dos son cuatro, no algunas veces, sino siempre.

Grayson tiró la ceniza de su cigarro, con aire pensativo; unas arrugas muy tenues aparecieron en torno a sus ojos, mientras contemplaba el rostro indescifrable del sabio: su enorme cabeza, con sus cabellos color de paja, se apoyaba en el respaldo del sillón; sus ojos azules, lacrimosos, ligeramente estrábicos, miraban al techo; había cruzado las manos sobre las rodillas. El financiero respiró profundamente.

—Me han dicho que es usted un hombre extraordinario —dijo, al fin, lentamente—. Y lo creo. Quinton Frazer, el banquero, que me ha dado una carta de presentación para usted, me dijo que no hace mucho aclaró usted un enigma notable...

—Sí, sí —interrumpió el sabio, con tono seco—. El atraco al Banco Ralston. Lo recuerdo.

—Y por eso he venido para pedirle ayuda en un misterio aún más asombroso —continuó Grayson, dudando—. Ya sé que, cualquiera que fuera la retribución que le ofreciera, no podría influir en usted; y, sin embargo...

La Máquina Pensante le interrumpió una vez más:

—Expóngame el caso.

—No se trata de un crimen, quiero decir de un crimen penado por la ley —se apresuró a decir Grayson—. Pero me cuesta millones de dólares...

Durante un instante, la Máquina Pensante bajó los ojos hasta su interlocutor, luego levantó otra vez la mirada.

—¿Millones? —repitió—. ¿Cuántos?

—Seis, ocho, diez tal vez. En pocas palabras: en mi despacho hay una fuga. Mis proyectos los conocen otras per-

sonas casi en el mismo momento en que voy a ejecutarlos. Mis proyectos son grandes; tengo millones en juego y es absolutamente indispensable la mayor discreción. He mantenido secretos mis planes durante años, pero en el curso de las últimas ocho semanas por lo menos media docena de veces se han descubierto mis planes y me han ganado la mano. A menos de conocer Wall Street, no puede usted imaginar qué carrera de obstáculos tan extraordinaria es la nuestra, cuando un concurrente sabe, con los menores detalles, lo que vamos a hacer, y, de hecho, nos la juega en cada ocasión.

—No, no conozco el mundo de las finanzas, Mr. Grayson —hizo notar la Máquina Pensante—. Deme un caso concreto.

—Muy bien; hablemos del último, brevemente, sin precisiones técnicas —siguió el financiero, con animación—. Concebí el proyecto de lanzar al mercado un importante paquete de acciones de la Compañía de Ferrocarriles P. Q. X. dándoselas a vender a mis corredores, a fin de provocar el hundimiento de su valor. Los otros poseedores de acciones se sentirían presa de pánico y correrían a desembarazarse de ellas, las cuales las compraría, por mi cuenta y muy por debajo de su valor real, otro equipo de corredores. Así contaba con llegar a controlar la empresa completamente. Pero mis planes fueron descubiertos y cuando comencé a vender, todo lo compraron mis rivales y el resultado es que en lugar de reforzar mi poder de control sobre la Compañía de Ferrocarriles, sufrí enormes pérdidas. Lo mismo, con ligeras variantes, me ha ocurrido media docena de veces.

—Esa maniobra es honesta, supongo —quiso saber el sabio.

—¿Honesto? —repitió Grayson—. Sí, ciertamente... Evidentemente... Los negocios son así.

—No pretendo comprender todo esto —dijo, cortésmente, la Máquina Pensante—. Además, no parece que

tenga especial importancia. Lo que usted quiere es que localice la fuga, ¿verdad?

—Precisamente.

—Muy bien. ¿Quién está, entonces, en el secreto de sus operaciones de bolsa?

—Nadie, aparte de mi secretaria.

—¿Quién es?

—Miss Evelyn Winthrop. Hace seis años que trabaja a mi servicio, como secretaria, o sea, desde hace más de cinco años antes de la aparición de la fuga. Tengo completa confianza en ella.

—¿Ningún hombre está al corriente de sus negocios?

—No —replicó el financiero, con aire sombrío—. Hace mucho tiempo me di cuenta de que nadie podría guardar mis secretos tan bien como yo mismo. Hay demasiadas tentaciones. Por eso, jamás hablo de mis proyectos a quienquiera que sea. ¡Jamás!

—Salvo a su secretaria —corrigió el hombre de ciencia.

—Trabajo durante semanas, a veces durante meses, en madurar mis planes. Y todo ello en mi cabeza, sin escribir nada, ni una cifra, ni una palabra. Cuando dije que ella estaba en el secreto, quería decir que conoce mis planes solamente una media hora antes de ponerlos en marcha, y a veces menos. Tomemos como ejemplo el desgraciado caso de la Compañía de Ferrocarriles P. Q. X.: mis corredores no estaban al corriente; miss Winthrop sólo supo las órdenes veinte minutos antes de que se abriera la bolsa. Entonces fue cuando le dicté, como lo hago siempre, unas cartas con instrucciones para los agentes. Eso fue todo lo que ella supo.

—¿Da usted grandes detalles de sus proyectos en esas cartas?

—No, en absoluto; solamente mis instrucciones a los corredores.

—Pero ¿una persona inteligente y que conociera el contenido de esas cartas, podría comprender sus intenciones?

—Sí; pero nadie conocía el contenido de *todas* las cartas. Ninguno de los corredores sabía lo qué ponía en las otras cartas. Miss Winthrop y yo éramos los únicos que sabíamos lo que decían la *totalidad* de las cartas.

La Máquina Pensante permaneció silencioso tanto tiempo que Grayson empezó a agitarse en su sillón.

—¿Quién estaba en el despacho, además de miss Winthrop y usted, antes de que se expidieran las cartas? —preguntó al fin.

—Nadie —respondió Grayson, firmemente—. Durante la hora que precedió al envío de las cartas, y la que le siguió —en el curso de la cual mis proyectos se arruinaron— nadie entró en la habitación. No trabajábamos allí más que ella y yo.

—¿Salió ella cuando terminó las cartas? —insistió la Máquina Pensante.

—No —declaró el financiero—. No abandonó su mesa.

—¿Pudo haber enviado un mensaje al exterior, el doble de las cartas, por ejemplo?

—No.

—¿Llamó a alguien, a una amiga, por teléfono?

—Tampoco —replicó Grayson.

—¿O pudo haber hecho señas a alguien por la ventana?

—No —contestó el financiero una vez más—. Escribió las cartas y después permaneció tranquilamente en su mesa, leyendo un libro. No se movió en dos horas.

El hombre de ciencia bajó la vista y dirigió su mirada al financiero.

—¿Pudo escuchar alguien, desde la ventana? —preguntó al cabo de un momento.

—No. Mi despacho está en el piso dieciséis; da a la calle y no hay escalera de socorro para caso de incendio.

—¿Y en la puerta?

—Si conociera usted mi oficina vería hasta qué punto es eso imposible...

—Nada es imposible, Mr. Grayson —cortó el sabio, en tono seco—. Podría ser improbable, pero no imposible. Me afecta enormemente que usted diga eso.

Permaneció silencioso un momento. Grayson le observaba con una mirada sin expresión.

—¿Alguno de los dos respondió a alguna llamada telefónica?

—Nadie telefoneó ni nosotros telefoneamos a nadie.

—¿Hay alguna abertura, agujeros o fisuras, en el suelo o las paredes?

—Los detectives privados que contraté buscaron algo de ese género y no encontraron nada —replicó Grayson.

De nuevo la Máquina Pensante estuvo silencioso un momento. Grayson encendió otro cigarro y se apoyó, pacientemente, en el respaldo de su sillón. Pequeñas arrugas empezaron a aparecer en la frente del sabio, y, poco a poco, sus ojos se cerraron a medias.

—¿Interceptó alguien las cartas que habían escrito? —preguntó al fin.

—No —dijo Grayson con voz firme—. Las enviamos directamente a los corredores, por una docena de medios diferentes, para que las recibieran a las diez menos cinco, o sea cinco minutos antes de la apertura de la Bolsa. La última salió de mi despacho a las diez menos diez.

—¡Dios mío, Dios mío! —La Máquina Pensante se levantó y se puso a pasear de un lado a otro de la habitación.

—No parece usted darse cuenta, en su justo valor, de las precauciones que he tomado siempre y, particularmente, en este caso último de la P. Q. X. —continuó Grayson—. Prácticamente, he hecho todo lo que estaba en mi mano para asegurarme el secreto absoluto. Y miss Winthrop, lo sé, es inocente. Los detectives privados empezaron, como usted, por sospechar de ella y observaron sus idas y venidas durante semanas. Cuando no estaba en mi presencia, se hallaba bajo la vigilancia de hombres a los que yo había prometido una recompensa fabulosa si localizaban la fuga.

Ella no lo supo entonces, ni lo sabe ahora. Me avergüenzo de haber sospechado de ella ahora que la encuesta ha demostrado su perfecta lealtad hacia mí. En lo que concierne al último caso, estuvo conmigo durante dos horas y no hizo un movimiento que yo no observara, ya que se trataba, para mí, de una cuestión de millones. Todo ello prueba sin sombra de duda que la responsabilidad de mi secretaria está fuera de la cuestión. ¿Qué puedo hacer?

El hombre de ciencia no replicó palabra. Se paró ante una ventana y, durante un buen rato, permaneció inmóvil, con los ojos casi cerrados.

—Iba a despedir a miss Winthrop —añadió el financiero—. Pero su inocencia quedó demostrada tan plenamente que hubiera sido injusto; así...

De pronto, el sabio se volvió hacia su visitante:

—¿Habla usted en sueños? —le preguntó.

—No. Yo también había pensado en eso. Pero el caso no tiene una solución tan sencilla, profesor. Dondequiera que sea, hay una fuga; y esa fuga me cuesta millones.

—El problema se reduce a esto, Mr. Grayson —declaró, finalmente, su interlocutor—: Desde el momento en que se trata de una fuga y miss Winthrop y usted son los únicos en conocer sus proyectos, con exclusión de cualquier otra persona, necesariamente el origen está o en usted o en ella, intencionadamente o no. Helo ahí, lógica pura, como dos y dos son cuatro: no hay más que discutir.

—En ese caso, es evidente que no he sido yo.

—Y, en consecuencia, tiene que ser miss Winthrop —declaró la Máquina Pensante, en tono categórico—, a menos que atribuyamos a sus rivales, como usted les llama, dones de telepatía desconocidos hasta ahora. De hecho, ha hablado usted de la parte contraria llamándoles «sus rivales». ¿Son siempre las mismas personas, el mismo grupo, el que actúa contra usted?

—Siempre es el mismo grupo —afirmó el financiero—. Y tienen millones para sostenerse; a la cabeza de dicho gru-

po está un joven, Ralph Matthews, que creo que es mi principal antagonista. —Cerró los labios en un gesto sombrío.

—¿Por qué? —preguntó el otro.

—Porque cada vez que nos encontramos sonrío burlescamente —fue la respuesta. Grayson, de pronto, pareció desanimado.

La Máquina Pensante se dirigió a una mesa de despacho, escribió una dirección en un sobre, dobló una hoja de papel, la metió en el sobre y lo Selló. Por fin se volvió hacia su visitante y le preguntó:

—¿Miss Winthrop está ahora en su despacho?

—Sí.

—Muy bien; vamos allá.

Unos minutos después, el eminente financiero hacía entrar al eminente sabio en sus oficinas privadas de Wall Street. La única persona que se hallaba allí era una joven de unos veintiséis o veintisiete años que se volvió, vio a Mr. Grayson y emprendió de nuevo su lectura. El financiero indicó un sillón a su visitante. No obstante, en lugar de sentarse, Van Dusen se fue derecho hacia miss Winthrop y le entregó el sobre sellado.

—Mr. Ralph Matthews me ha pedido que le entregara esto —dijo.

La joven le miró francamente, pero con cierto deje de timidez; cogió el sobre y lo miró con curiosidad.

—¿Mr. Ralph Matthews? —repitió como si el nombre fuera nuevo para ella—. No le conozco.

El hombre de ciencia se quedó a su lado, mirándola con aire agresivo, mientras ella abría el sobre y sacaba la hoja de papel. En la expresión de la joven sólo pudo leer sorpresa, estupefacción más bien.

—¡Qué! ¡Pero si es una hoja en blanco! —comentó, perpleja.

El sabio se volvió bruscamente a Grayson, el cual había asistido al incidente completamente asombrado.

—¿Puedo usar su teléfono? —preguntó.

—Naturalmente. Por aquí.

—Esto acabará el asunto —recalcó el sabio.

Se inclinó sobre la mesa a la que estaba sentada miss Winthrop y, sin dejar de mirarla con aire asombrado, cogió el receptor y se lo llevó al oído. Unos instantes después habló con Hutchinson Hatch, el periodista.

—Solamente quería pedirle que viniera a mi casa dentro de una hora —dijo el sabio—. Es muy importante.

Eso fue todo. Colgó el aparato, se paró un instante a admirar una exquisita caja de plata cincelada —una especie de estuche de belleza— que se hallaba sobre la mesa de miss Winthrop, al lado del teléfono, y después, sentándose al lado de Grayson, empezó a hablar de la lluvia y del buen tiempo. Grayson abría los ojos de par en par; en cuanto a miss Winthrop, había empezado a leer de nuevo.



El profesor S. F. X. Van Dusen, distinguido hombre de ciencia, y Hutchinson Hatch, periodista, escudriñaban entre las chimeneas y demás obstáculos que se encuentran en el tejado de un rascacielos. Debajo de ellos, muy debajo, la ciudad, dormida, se extendía como un panorama, con las calles iluminadas, aquí y allá, por los faroles y los tejados ocultos por las brumas de la noche. Encima de ellos, se extendía la oscuridad infinita, como un manto tachonado de estrellas.

—Aquí está el hilo —murmuró al fin Hutchinson, agachándose.

La Máquina Pensante se arrodilló en el suelo, a su lado, y, durante unos minutos, permanecieron así, en la oscuridad. Sólo la luz de la linterna demostraba su presencia. Por último, la Máquina Pensante se levantó.

—Ése es el hilo que buscaba usted, Mr. Hatch —dijo—. Le dejo qué haga el resto.

—¿Está usted seguro?...

—Siempre —atajó su interlocutor.

Hatch abrió un saco de mano y sacó varios objetos de forma curiosa. Los puso en el suelo, a su lado; volviéndose a arrodillar, se puso manos a la obra. Durante media hora, estuvo trabajando en la oscuridad, a la sola luz de la linterna. Después se levantó.

—Ya está —anunció.

La Máquina Pensante examinó el trabajo recién terminado, lanzó un pequeño gruñido de satisfacción y los dos juntos se alejaron, no sin dejar arrastrar un delgado hilo de cobre aislado, que señalaba su pista detrás de ellos. Bajaron del tejado por una trampa y se encontraron en la oscuridad del rellano del último piso. Allí apagaron su linterna. Venido de muy lejos, debajo de ellos, les llegó el eco de los pasos del guardián de noche del edificio, silencioso y desierto.

—¡Cuidado! —exclamó el hombre de ciencia.

Siempre arrastrando el hilo, se dirigieron a una habitación situada en la parte trasera del edificio. Ante la última puerta se pararon, el hombre de ciencia sacó unas llaves y entró el primero. La habitación, que estaba iluminada por una bombilla, no tenía un solo mueble; sólo un teléfono adosado a la pared daba a entender que el cuarto había estado ocupado hacía poco.

El hombre de ciencia se inmovilizó, contempló la bobina de hilo de cobre que habían desarrollado al ir andando y su pálido rostro expresó la duda.

—No sería prudente —dijo al fin— dejar el hilo tan a la vista como lo hemos hecho. Este piso no está habitado, evidentemente, pero podía pasar alguien por aquí y arrancarlo. Coja la bobina, vuelva al tejado enrollando el hilo y tíreme luego el carrete de forma que pueda cogerlo por la ventana. Será lo mejor; yo lo atraparé desde aquí y así nadie se dará cuenta de nuestro pequeño trabajo.

Hatch salió sin ruido y cerró la puerta.

